



INSTITUTO ALFONSO II: SIGLO Y MEDIO DE HISTORIA

Francisco Diego Llaca, Adolfo Fernández Pérez, Tomás Recio García y Julio Antonio Vaquero Iglesias
KRK
294 páginas

JOSE MARIA ROZADA MARTINEZ

Dado que los primeros institutos se crearon en España a finales de la primera mitad del XIX, ahora que finaliza el XX los centros de Educación Secundaria con más larga historia andan metidos en la celebración de su 150.º aniversario. Se trata de los institutos que durante un tiempo fueron únicos en sus ciudades y provincias respectivas.

En Asturias ese honor le corresponde al Alfonso II de Oviedo. Entre las iniciativas que promovieron para celebrarlo quienes hoy forman parte del mismo ha estado la de escribir un libro sobre la historia de la institución. Este es el que (precisamente hoy, jueves, día 24, a las cinco y media de la tarde, en el propio instituto) nos presentan sus cuatro autores: Francisco Diego Llaca, Julio Antonio Vaquero Iglesias, Adolfo Fernández Pérez y Tomás de la Ascensión Recio García, profesores del centro en activo los tres primeros y ya jubilado don Tomás, quien fue también director del mismo entre los años 1978-84.

La obra está estructurada en cuatro capítulos, cuya desigualdad expresa la alta independencia de criterio con la que sus autores recomendaron el encargo a partir de un esquema común, consistente en seguir un orden cronológico para dar cuenta en cuatro etapas de los aspectos referidos básicamente al edificio, los profesores, el alumnado y los planes de estudios.

El libro es, sobre todo, una valiosa recopilación de datos concretos referidos al instituto y su entorno que vienen a corroborar las tesis generales que sobre la historia, la sociología y la «socio-génesis» de la Educación Secundaria en España han venido estableciendo desde diversas perspectivas estudiosos de la misma, como Lerena, Puelles, Viñao, Díaz de la Guardia, Enguita, Cuesta, etc.

En la primera parte (*Desde los orígenes hasta 1898*), el profesor Diego Llaca (actualmente director del centro) constata cómo la Enseñanza Media también en Asturias se gesta en el vientre mismo de la Universidad, filiación que (aunque el autor no entra en ello) es imprescindible tener en cuenta para entender alguno de los rasgos fundamentales que caracterizan a lo largo de siglo y medio y, en buena medida, aún hoy las «culturas» profesionales y organizativas de la Educación Secundaria.

En medio de una frondosa legislativa que, siendo intensa a lo largo de toda la historia de la Enseñanza Media (treinta planes de estudios desde 1845), aún lo es más en la segunda mitad del siglo XIX (diecinueve planes), y del prolijo cúmulo de datos que el autor nos ofrece, se encuentran interesantes pinceladas muy útiles para perfilar el retrato de aquellos primeros cate-dráticos (autores de libros de texto, creadores de sus propios programas, intelectuales prestigiosos) que tanta influencia han tenido en la configuración global de lo que han sido estos 150 años de historia de la Enseñanza Media, así como para conocer mejor las distintas alternativas que se dieron en aspectos como la pugna entre los contenidos curriculares tradicionales de corte humanístico y otros emergentes relacionados con el conocimiento aplicado, o entre la orientación propedéutica del Bachillerato y la de una Segunda Enseñanza formativa de la ciudadanía; en definitiva, los cambios que respondieron a la sucesión de alternativas políticas e ideológicas en el poder que caracterizaron la época.

Julio Antonio Vaquero aborda en la segunda parte del libro el período que va desde 1898 hasta la proclamación de la II República, en 1931. Su formación como investigador de la Asturias contemporánea e interesado en lo que desde distintas perspectivas se escribe sobre la Enseñanza Secundaria en general, y de las ciencias sociales en par-

INSTITUTO ALFONSO II: SIGLO Y MEDIO DE HISTORIA

FRANCISCO DIEGO LLACA · ADOLFO FERNÁNDEZ PÉREZ
TOMÁS DE LA ASCENSIÓN RECIO GARCÍA · JULIO ANTONIO VAQUERO IGLESIAS



Portada del libro sobre la historia del Instituto Alfonso II de Oviedo.

150 años de bachilleres

ricular, le permite establecer fructíferos puentes entre los datos particulares que ofrece el estudio de un solo instituto y los contextos histórico general y educativo en el que se producen. Además de profundizar en aspectos que habían quedado apuntados en la primera parte, ampliando el marco de referencia hasta los modelos teóricos que se manejan en el estudio de la educación, cabe destacar la atención prestada a la presencia en el claustro del Alfonso II de un grupo de docentes vinculados a la Institución Libre de Enseñanza y su papel en la innovación pedagógica y la Extensión Universitaria.

A él corresponde también constatar la presencia de la primera alumna en el instituto (curso 1904-5), la cual abrió un camino que sería lento y con retrocesos, pero que a la larga supondría el mayor éxito del sistema escolar, en su enfrentamiento con los distintos tipos de desigualdades (1).

Aparte de la valiosa información ofrecida y de los puentes establecidos con las teorías más generales, repara Vaquero Iglesias en aspectos que pudieran parecer de detalle, pero que son claros indicadores de aquellas cuestiones que tienen relevancia histórica por su valor para explicar el presente. Por ejemplo, no deja escapar el carácter altamente significativo que tiene el hecho de que el instrumento didáctico utilizado en el instituto a comienzos de siglo recibía en las memorias del centro la denominación de «material científico». Una nimiedad aparente que cobra importancia

cuando, con acierto, se interpreta como una manifestación del perfil más científico-disciplinar que propiamente educativo del Bachillerato de entonces (...) y del de ahora, añadiríamos nosotros).

La tercera parte del libro, en la que se estudia el período que va desde la proclamación de la II República hasta la guerra civil, corre a cargo del profesor Adolfo Fernández, estudioso también de la historia contemporánea de Asturias.

Si en la parte anterior Julio Vaquero tiende a buscar conexiones con lo general, en ésta el autor afina la lente del «microscopio» (por decirlo con palabras de Hobsbawm) para captar, como él mismo señala, esas vicencias de la mayoría social que siempre quedaban fuera de los manuales de historia.

Hasta donde las fuentes se lo permiten, el autor consigue su propósito. Le corresponde relatar la historia del instituto en períodos tan intensos como el de la II República, en la que se vieron frustradas las ilusiones de hacer realidad los ideales institucionales; la Revolución del 34, cuya imagen más nítida quizá sea la que se nos ofrece mediante la reproducción de una nota aparecida en la prensa regional del 27 de octubre de 1934, en la que el director y el secretario solicitan de los ciudadanos que entreguen los papeles del centro que puedan encontrar, dado que tras la explosión del instituto (convertido en polvorín) se tiene noticia de que han sido vistos a varios kilómetros del mismo y en distintas direcciones, y, finalmente, la guerra civil, que

supondría el fin de muchas cosas y el comienzo de tantas otras.

Caben destacar también las aportaciones del autor con respecto al arquitecto (José Avelino Díaz y F. Omaña) y la arquitectura del magnífico edificio construido para el instituto: «(...) uno de los ejemplos emblemáticos de la fugaz eclosión racionalista, digno de ser protegido (...)» (Pág. 202).

El profesor Recio García se ocupa, finalmente, del período que va desde el curso 1939-40 hasta la actualidad.

Considera el autor que en la posguerra se puede hablar de una «refundación» del instituto, dado que, por un lado, se convierte en masculino y, por otro, acaba su peregrinar por distintos puntos y locales de la ciudad, instalándose definitivamente en el lugar y edificio en el que hoy se encuentra.

Por lo demás, el grueso de esta cuarta y última parte del libro está dedicado a ofrecer una serie de informaciones relativas a diversas normativas ministeriales, listados y estadísticas de profesores y alumnos.

En general, el libro no agota (tampoco lo pretende) las posibilidades de un estudio monográfico, al adoptar un enfoque más descriptivo que analítico, renunciando a la utilización de las construcciones teóricas con potencialidad heurística que ya están disponibles en la historia y la sociología de la educación. Como ya quedó señalado, éstas sólo aparecen en la segunda de las cuatro partes del mismo.

Queda pendiente también la historia reciente del instituto, entendiendo por tal la que corresponde a la segunda mitad de este siglo que termina, es decir, a lo que se ha denominado «modelo tecnocrático» (Lerena) o «modo de educación tecnocrático de masas» (Cuesta), que a partir de los años sesenta y consagrado por la ley general de Educación de 1970 viene a sustituir al «modo de educación tradicional-elitista» acertadamente referido por Julio Antonio Vaquero en la parte que él estudia.

El conflicto dialéctico entre lo que cambia y lo que permanece es esencial para comprender un presente lleno de interrogantes que básicamente giran hoy en torno a la denominada «enseñanza comprensiva». La historia de la Educación Secundaria es esencial para comprender los problemas que actualmente viven los institutos, así como para elevar el rigor con el que habitualmente se habla de éstos no sólo en la calle, sino en las mismas salas de profesores. Precisamente por ello el vacío que el libro presenta con respecto a la etapa posterior a la ley general de Educación impide una aproximación adecuada a lo que son hoy las verdaderas funciones sociales de la institución. Plagado el texto de apellidos ilustres que pasaron por las aulas del centro, como no podía ser de otra manera en una enseñanza concebida no para todos, sino como «propia especialmente de las clases medias» (plan Pidal de 1845), cuando éstas no eran ni mucho menos tan amplias como hoy, y culminado con una foto del actual rector de la Universidad en tanto que antiguo profesor de dicho instituto, pero al mismo tiempo privado del libro de un mínimo estudio de lo que está pasando desde que los jóvenes irrumpen en masa en sus aulas, el libro acaba destilando un cierto aroma de «excelencia» que no se corresponde con la realidad actual, en la que se cuentan por cientos los que salen de la institución por las cloacas del sistema conocidas como «fracaso escolar». Claro que, siendo un libro de efemérides, tal vez resulten por mi parte exageradas e impertinentes estas notas críticas; tómense, pues, como indicación de lo que queda por hacer para profundizar en la historia del Alfonso II y póngase en primer lugar el elogio por el trabajo realizado, que constituye, sin duda, una valiosísima aportación para futuros estudios sobre la Enseñanza Secundaria en el Alfonso II y en general.

(1) -En un estudio reciente, el profesor Fernández Enguita señala que, de todas las desigualdades -de clase, de etnia y de género-, es con respecto a esta última con la que la institución escolar se puede decir que ha tenido mayor éxito.